

Mateo y el saco sin fondo

Alfredo Gómez Cerdá

Ilustraciones
de Xavier Mula



EL BARCO
DE VAPOR



sm





EL BARCO
DE VAPOR

Mateo y el saco sin fondo

Alfredo Gómez Cerdá

Ilustraciones de Xavier Mula



Primera edición: agosto de 2011

Séptima edición: abril de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz

Coordinación editorial: Carolina Pérez

Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Alfredo Gómez Cerdá, 2011

© de las ilustraciones: Xavier Mula, 2017

© Ediciones SM, 2017

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-8582-7

Depósito legal: M-9010-2016

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

● 1

BALDOMERO BALADUQUE daba vueltas y más vueltas en su cabeza al hecho de que, después de quince años de tentativas, no hubiese logrado triunfar como escritor. Recordaba, una a una, las noches de insomnio provocado deliberadamente con litros de café, sentado a la mesa, ante el teclado de su portátil de última generación.

Por más que recapacitaba, no sabía realmente a qué achacar su fracaso, porque, si de algo no tenía la menor duda, era de que había fracasado. Y no una, sino innumerables veces.

Había perdido la cuenta de la cantidad de originales enviados a las editoriales, impresos a doble espacio y encuadernados con canutillo de plástico, y del dinero gastado en certificaciones de Correos. Era indiscutible que tenía un tesón a prueba de bombas. Uno tras otro, los originales le habían sido devueltos, en el mejor de los casos con unas rutinarias palabras de cumplido. La cruda realidad era que ningún editor había mostrado interés alguno por su publicación.

Había perdido también la cuenta de la cantidad de concursos literarios a los que se había presentado, por supuesto, sin éxito ni recompensa alguna. Ni siquiera un accésit de consolación. Ni siquiera un sonrojante tercer premio por haber nacido en la provincia donde el concurso se convocaba. ¡Nada!

—¡Baldomero Baladuque! —exclamó en voz alta Baldomero Baladuque. Y a continuación asintió varias veces con la cabeza, como si hubiera descubierto algo importante—. Ese es el problema: mi nombre. Debería utilizar, como han hecho otros escritores, un pseudónimo. Con este nombrecito va a ser difícil que triunfe. ¡Cómo no me habré dado cuenta antes!

Y entonces, decidido, agarró un cuaderno, lo abrió por la primera página y empezó a escribir una lista de posibles pseudónimos, jugando con las sílabas de su propio nombre:

Baldo Bala.

Mero Duque.

Baldo Duque.

Mero Bala.

El que más le gustó fue el de Baldo Duque.

—¡*Baldo Duque!* —lo pronunció engolando un poco la voz—. Me gusta, suena... muy literario. ¡*Baldo Duque!* Desde ahora firmaré todos mis libros con este nombre.

De inmediato se dio cuenta de que en realidad firmaría con ese nombre su primer libro, si es que algún día llegaba a publicarlo.

Y Baldo Duque siguió pensando y pensando. Si ya había encontrado un nombre adecuado, ¿qué más necesitaba para triunfar? ¿O acaso le bastaba solo con el nombre? Recordó la última vez que había ido a la librería y repasó algunos de los títulos de los libros más vendidos, de esos que se apilan por centenares, formando auténticos torreones de papel. Sin duda, la estrella indiscutible era la última entrega de la serie de *Harry Alfarero*, que se había presentado un mes antes

–¿Qué demonios tendrá el dichoso *Harry Alfarero* para que se venda tanto? –se preguntó Baldo Duque.

Y, de repente, oyó una voz que respondió a su pregunta.

–Un niño huérfano –dijo la voz.

No es que hubiera alguien más con Baldo Duque en esos momentos. No, no; se encontraba completamente solo en su casa. La voz, digamos, salió de él mismo. Eso ocurre a veces. Nos hacemos preguntas en voz alta y nosotros mismos las contestamos sin darnos cuenta.

Baldo Duque se quedó un instante mirando al techo de su habitación, como si hubiera descubierto una grieta o una tela de araña. Luego sonrió exageradamente, lo que afeó su rostro, ya de por sí poco atractivo, y chascó los dedos de manera un tanto ridícula.

–¡Eso es! –gritó–. ¡Un niño huérfano! Un niño huérfano siempre es infalible. Las novelas están llenas de niños huérfanos. ¡Cómo no lo había pensado antes!

Lo cierto es que, desde ese mismo instante, Baldo Duque comenzó a pensar en el protagonista de su siguiente novela, que, por supuesto, sería un niño huérfano, quizá recogido por algún familiar lejano que no le mostraba mucho cariño y que trataba de explotarlo sin escrúpulos.

–Necesito un nombre adecuado para ese niño huérfano. No voy a llamarle Harry Alfarero, por supuesto. Le llamaré...

–Mateo –dijo la misma voz que le había hablado minutos antes.

–¿Mateo?

–¡Sí, Mateo! ¿Qué pasa?

–Nada, nada... Me preguntaba si sería un nombre adecuado.

–¡Lo es!

En el mismo cuaderno donde había estado escribiendo variantes de su nombre hasta encontrar el pseudónimo ideal, escribió lo siguiente:

Niño huérfano = Mateo.

Conectó el ordenador portátil, pues sintió que enseguida iba a necesitar ponerse a escribir. Y esta vez tenía algunos factores nuevos a su favor: su recién estrenado pseudónimo y un niño huérfano llamado Mateo. No podía dejar pasar la ocasión.

Abrió un archivo nuevo, al que llamó sencillamente *Mateo*. Cuando se le ocurriese un título para el libro, lo cambiaría sin más.

Lo preparó todo para escribir como a él le gustaba. *Formato. Párrafo. Interlineado. 1,5.* Luego eligió un tipo de letra y un tamaño. *Times New Roman. 14.* Así, que se viese bien, clarito, sin apretujones. *Insertar. Número de página. Parte superior (encabezado). Derecha.* Ya estaba todo listo.

Baldo Duque sintió un arrebató que lo conmovió de pies a cabeza, contuvo la respiración unos segundos y comenzó a escribir.

Érase una vez un niño llamado Mateo, que era huérfano...

Sonrió satisfecho. Su nueva novela no podía comenzar mejor. Desde la primera página, incluso desde la primera línea, el lector ya sabría quién era el protagonista y cuáles eran sus circunstancias familiares.

Pensó que tal vez había escrito uno de esos comienzos antológicos, que todo el mundo recuerda y recita. Uno de esos comienzos que solo han conseguido unas pocas obras maestras de la literatura.

En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...

Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento...

Al despertar Gregorio Samsa una mañana, tras un sueño intranquilo...

Sin darse cuenta, o quizá con plena conciencia y conocimiento, pues su gesto y actitud no revelaban ni una cosa ni otra, escribió cuatro nombres en el cuaderno:

Miguel de Cervantes. Gabriel García Márquez.

Franz Kafka. Baldo Duque.

Se dio cuenta de que tenía ante sí un gran reto y un trabajo considerable. En otras ocasiones se había puesto a escribir después de confeccionar una especie de guion o una sinopsis detallada de lo que quería. Sin embargo, esta vez lo estaba haciendo todo sobre la marcha, improvisando. Y no le parecía mal. Quizá eso era lo que le había faltado en otras obras: improvisación y frescura.



Comenzó a cavilar. Decidió que lo más importante era planear una serie de calamidades para Mateo. Era un huérfano y tenía que dar pena al lector. Estaba seguro de que de esta manera la complicidad con el personaje se haría mayor. ¡Ahí estaba el fenómeno *Harry Alfarero* para demostrárselo! ¡Harry Alfarero, el pobre huérfano! ¡Y no era precisamente Harry Alfarero el primer huérfano de la historia de la literatura! ¡Miles de huérfanos le habían precedido! ¡En todas las lenguas del planeta! ¡En todos los países del mundo!

Volvió a llamarse tonto por no haberse dado cuenta antes de algo tan elemental.



Colocó las manos sobre el teclado del ordenador, dispuesto a continuar. Pero se contuvo en el último momento. Vacilaba. Por eso retomó el cuaderno, pasó la hoja y volvió a escribir:

Los padres y los hermanos de Mateo murieron en un horrible accidente de tráfico, en el que solo él sobrevivió milagrosamente.

Mateo es recogido, sin cariño, por unos tíos, que le maltratan constantemente, le humillan, le vejan... No va al colegio porque tiene que trabajar a todas horas para los tíos. No tiene amigos. Los tíos no le dejan salir de la granja donde viven, en medio del campo. Allí se pasa el día trabajando como un animal. Tiene que comer y que dormir en el establo. Le castigan constantemente, sin motivo. Incluso le azotan con una correa.

Baldo Duque no pudo contener una sonrisa de satisfacción. Sus ojos brillaban velados por una lágrima de emoción y por las comisuras de sus labios se le escapaban babillas blanquecinas.

¿Cómo era posible que tantas ideas geniales se le estuvieran ocurriendo al mismo tiempo? Sin duda, su destino había cambiado y se encontraba ante el inicio de una nueva etapa. Esta vez, el éxito le aguardaba impacientemente. Estaba convencido de ello, y se aplicó al trabajo con frenesí.

Pensó que sería interesante hacer un retrato del personaje, pues eso siempre viene bien para que el

lector pueda imaginárselo mejor. Pero... ¿cómo sería Mateo?

La primera idea que le vino a la cabeza fue la de un auténtico superhéroe: alto, guapo, fuerte, incansable, voluntarioso... Eso siempre gusta. No suele haber tipos así en el mundo real, y a la gente le gusta descubrirlos en la ficción. Tipos que, sobre todo, producen admiración.

Lo estuvo pensando un buen rato y, finalmente, cambió de criterio. Quizá volvió a escuchar esa voz en su interior que le hablaba, que le daba consejos aunque no se los pidiese. Por eso decidió que Mateo fuese un niño feúcho y escuchimizado, más bien tímido, apocado e inseguro. ¡Ahí estaba otra clave del éxito que él mismo se auguraba! Un niño así inspiraría pena y hasta compasión.

Lo vio muy claro. Le atraía mucho la idea de causar pena y compasión, de que los lectores leyesen la historia de Mateo con un pañuelo en la mano, secándose las lágrimas y sonándose los mocos.

Así que, con las ideas un poco más claras, comenzó a escribir:

Érase una vez un niño llamado Mateo, que era huérfano. Sus padres y hermanos habían fallecido en un horrible accidente de tráfico y él había sido adoptado por unos tíos, que no le querían y que le obligaban a trabajar sin descanso en una granja que tenían a las afueras de la ciudad.

Mateo no era un niño agraciado físicamente, ya que las facciones de su rostro eran desproporcionadas y hasta un poco grotescas; y lo mismo ocurría con su cuerpo, más bien pequeño, flaco y desgarrado.

Baldo Duque estuvo escribiendo el resto del día y prácticamente toda la noche. Para vencer al sueño, se bebió al menos un litro de café.

Al amanecer, rendido, comprobó con satisfacción que había sido capaz de terminar el primer capítulo de su nuevo libro.

Imprimió el texto en papel y sostuvo los folios entre sus manos con orgullo. Los acarició con ternura, los besó y los apretó contra su pecho.

Finalmente, los introdujo en una carpeta, sobre la que escribió una sola palabra con un rotulador de trazo grueso: *Mateo*.

Mientras se duchaba, pensaba en un título para el libro, pues Mateo era solo el nombre del protagonista. Necesitaba un buen título, uno de esos títulos afortunados que llaman la atención de todo el mundo, que consiguen atraer por sí mismos las miradas de las personas; y detrás de las miradas, el interés y las ganas de comprarlos... y hasta de leerlos.

Se vistió y se marchó al trabajo sin dormir. Como es natural, Baldo Duque tenía que trabajar para poder vivir. Por supuesto, su trabajo no le gustaba ni le interesaba lo más mínimo, y solo le permitía ganar algo de dinero para lo imprescindible.

Durante el camino, en el autobús, lo estuvo meditando. Al llegar a la oficina, la decisión estaba tomada: iba a pedir quince días libres a cuenta de las vacaciones de verano. Necesitaba ese tiempo para entregarse a su nuevo proyecto literario. Fue derecho a la sección de Personal y se lo dijo a una mujer a la que no conocía de nada.

–Quiero solicitar quince días a cuenta de mis vacaciones de verano.

–Está bien –le respondió la mujer, sin dejar de masticar chicle–. ¿Cuál es su nombre?

–Baldo Duque.

Ella comenzó a teclear en su ordenador y, al instante, se encogió exageradamente de hombros.

–En la empresa no figura ese nombre.

–He querido decir Baldomero Baladuque –rectificó él de inmediato.

Ella volvió a escribir y esta vez no debió de encontrar ningún obstáculo.

–Su petición ha sido cursada.

Baldo Duque sabía que, una vez tramitada la petición, sería aceptada sin problemas. La empresa prefería que sus empleados tomaran las vacaciones fuera de las fechas veraniegas, en las que a todo el mundo le entraba la fiebre de la playa y los despachos se quedaban en cuadro. Ya se imaginaba esos quince días encerrado en su casa, sentado a su mesa durante horas y horas, frente al ordenador, dando rienda suelta a toda su creatividad, a su talento, a su genio... Porque estaba

seguro de que ahora iba a poder demostrar todas esas cosas. No a sí mismo, pues él nunca había dudado de sus cualidades, sino a los demás: al público, a la crítica, al mercado, al mundo entero.

Mateo le estaba esperando. Mateo le iba a descubrir y, al mismo tiempo, le iba a consagrar.